

# I

## LA INMORALIDAD DEL NACIONALISMO

Suele decirse que el nacionalismo no es moralmente censurable: se trataría de una más de las opciones políticas consideradas legítimas. ¿Hasta qué punto es así? El nacionalismo procura la separación de una comunidad política respecto de otra: esto sería legítimo, éticamente bueno y hasta un deber moral en el caso de una colonia que buscara independizarse de su metrópoli.

*Taxation without representation*, impuestos sin representación: de esto se quejaban con razón las colonias norteamericanas, oprimidas por tantas cargas injustas desde la metrópoli inglesa, que además hizo quemar Washington y la Biblioteca del Congreso, edificio que destrozó, en agosto de 1814. Multitudes de británicos habían tenido que emigrar a Norteamérica, durante siglos, porque eran perseguidos debido a sus ideas religiosas.

Nada de eso ocurrió en la América Española, compuesta por Reinos —nunca colonias— iguales a los de la Península, beneficiados aquellos en todos los órdenes, incluso en el arte arquitectónico y urbanístico, más que estos últimos. Nunca hubo guarniciones españolas en

América, es decir, un ejército ajeno a estos países. Las Cortes de Cádiz, de 1810, estaban compuestas por diputados que se llamaban *españoles europeos* y *españoles de Ultramar*. La Constitución de 1812 declaraba que «la nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios». Enumeraba los elementos que integraban el *territorio español*: desde la Península e islas adyacentes hasta las tierras de América septentrional y meridional, junto con sus islas y las Filipinas. La Constitución estaba firmada, sin distinción, por los diputados tanto de la Península como de los territorios ultramarinos: se trataba de una lista que reflejaba, por última vez, lo que había sido la Monarquía Española durante tres siglos. Fue precisamente a partir de 1898 cuando mejoró la situación económica de la actual España. Y, por supuesto, nunca hubo subordinación en la Península de unos Reinos respecto de otros.

La descolonización es necesaria para adquirir libertad, para llegar a ser una nación como las demás, con instituciones no foráneas y gobierno autónomo sin tutelas ajenas, así como para poder disponer de los propios recursos económicos o bienes materiales que antes iban a parar fuera de la colonia explotada y eran disfrutados por los ciudadanos de la metrópoli, quienes consideraban inferiores a los habitantes de lugares tan distintos como distantes.

Ahora bien, esta cuestión no resulta tan clara cuando se busca la separación de comunidades incorporadas en “esos grandes cuerpos” («ces grands corps», según Descartes escribe en su *Discours de la méthode*) que son las naciones, ninguna de cuyas regiones está subordinada a las otras: cada nación —al menos en Europa—

se compone de comunidades, de culturas, hasta de lenguas diversas, pero sus regiones cooperan entre sí para procurar el bien común de los ciudadanos de esa entera nación.

Sería insolidario (y en consecuencia inmoral) que las regiones más ricas o favorecidas por recursos naturales quisieran separarse de las que consideran inferiores, más pobres, con menor desarrollo. Las primeras deben ayudar a las últimas, máxime en los periodos de crisis económica. *L'union fait la force* (la unión hace la fuerza), dice el lema del Reino de Bélgica, cuyo cumplimiento salvaría de la perniciosa ruptura entre valones y flamencos.

Esa fuerza ha de ser entendida —también en todo el mundo, que debería caminar hacia su unidad— no solo en sentido económico, sino como garante de la paz, la justicia, la libertad, la convivencia y el progreso de todos los hombres sin distinción, por encima de su lugar de nacimiento. Fuerza, en definitiva, para conseguir el bien común, que es el bien de todos y que solo puede conseguirse mejor unidos.

Según el Papa Francisco, el «desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral». Y la «humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común».<sup>7</sup>

Desde esa perspectiva de la “casa común”, hoy las naciones resultan insuficientes. Han de ser superadas

---

<sup>7</sup> Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común (24 de mayo de 2015), 13.

por comunidades mayores. En un mundo cada vez más interdependiente, que debe caminar hacia la unidad, aspirar a llegar a ser una nación no es, como en el pasado, una buena finalidad, sino un mal, un retroceso, la mayor inmoralidad social. Siempre es tristísimo el espectáculo de los que quieren separarse de otros. Junto con esa deprimente tristeza, causa desaliento el gesto de inhumana impavidez mostrado por aquellos que deben orientar a las personas: se encogen intelectualmente de hombros ante el nacionalismo, consideran que no puede recibir calificación moral el hecho de que haya bárbaros que quieren, aislándose, levantar más fronteras.

Inquietante resulta que muchos eclesiásticos –monjas, sacerdotes y obispos– se manifiesten a favor de la independencia, en un gesto que, aparte de significar la voluntad de retroceder a injustísimas situaciones medievales, esconde un afán desmedido de poder y apetito de mando que los clérigos absolutistas del pasado perdieron y que los actuales intentan recuperar. Voy a mostrarlo con elocuentes datos históricos, muy poco conocidos, en las páginas de este libro.

¿Por qué hay separatismo? «Unos cuantos hombres, movidos por codicias económicas, por soberbias personales, por envidias más o menos privadas, van ejecutando deliberadamente esta faena de despedazamiento nacional, que sin ellos y su caprichosa labor no existiría».<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup>José Ortega y Gasset, *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*, op. cit., p. 446.

Pretender el desmembramiento de los cuerpos sociales es una actitud profundamente inmoral. La barbarie consiste siempre en dar la espalda a los demás, en negarse a convivir con otros hombres. La hipotética independencia de una región daría ocasión a que distintas partes de ese país segregado pidieran también su separación, incluidos los municipios: la atomización, el cantonalismo es lo que, a la larga, se encuentran —quieran o no quieran— los nacionalistas.

Todo partidario de la independencia que se dé cuenta de eso acabará sospechando que es manipulado por dicho afán desmedido de poder y apetito de mando, móvil de las personas arrogantes. Al finalizar su victimismo como resultado de conseguir la obsesiva independencia comprobará que el nacionalismo buscaba implantar un poder totalitario.

Y, buceando todavía más adentro del alma nacionalista, encontramos en ella el desprecio hacia los demás hombres, lo cual resulta homicida. El nacionalismo es, en el fondo, racista, y para documentar esto recordemos los estudios étnicos que sobre los pueblos —incluso a veces sobre los animales— hacen sus gobiernos.

¿Acaso no son profundamente inmorales la insolidaridad, el totalitarismo, el racismo, el homicidio? Parece que se hacen asumibles y neutros cuando hoy van recubiertos con el concepto de *nacionalismo*, para el cual los hombres dejamos de ser iguales: no tenemos los mismos derechos; el territorio es más importante que la persona, desplazada por el clan o los sentimientos tribales.

En la hipotética independencia ¿las autoridades secesionistas expulsarán de su fantasmagórico país a quienes se consideran dependientes de los demás? ¿Los

no nacionalistas tendrán que vivir como refugiados en otros países? Las amenazas independentistas, aparte de resultar ya tediosamente ridículas, causarían risa de no ser por todas las tragedias inhumanas que, en cascada, traen consigo. Hay cuestiones políticas, elementales para la convivencia, que no pueden someterse a irresponsables mayorías electorales o a masas manipuladas, las mismas que dieron el poder a Hitler.

Frente a la “cultura del encuentro” —concepto tan querido por el Papa Francisco—, los nacionalistas buscan, mediante la segregación, el desencuentro. «Necesitamos fortalecer la conciencia de que somos una sola familia humana. No hay fronteras ni barreras políticas o sociales que nos permitan aislarnos, y por eso mismo tampoco hay espacio para la globalización de la indiferencia». Todos «los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde». Cuando «el corazón está auténticamente abierto a una comunión universal, nada ni nadie está excluido de esa fraternidad». Todo «está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas». Porque «Dios creó el mundo para todos». Y «el todo es superior a la parte». Hace «falta volver a sentir que nos necesitamos unos a otros, que tenemos una responsabilidad por los demás y por el mundo».<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común, 52, 89, 92, 93, 141, 202, 220 y 229.

Es preciso que los cristianos comprendan que su misión política consiste en abrir fronteras, en incorporar hombres y, por tanto, las sociedades en que ellos se insertan. Frente a la independencia, ya es hora de proclamar la interdependencia como bien político y moral. Todos dependemos de todos.

Concebimos «el planeta como patria y la humanidad como pueblo que habita una casa de todos. Un mundo interdependiente no significa únicamente entender que las consecuencias perjudiciales de los estilos de vida, producción y consumo afectan a todos, sino principalmente procurar que las soluciones se propongan desde una perspectiva global y no solo en defensa de los intereses de algunos países. La interdependencia nos obliga a pensar en *un solo mundo, en un proyecto común*». Hace falta «la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos». El Cristianismo «implica la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal».<sup>10</sup>

Pero muchos siguen pidiendo a gritos la independencia, en una actitud que resulta egoísta. ¿Independencia por qué y para qué? ¿Acaso porque se consideran superiores y desprecian al resto? ¿Porque imaginan que vivirán más cómodamente y a mejor nivel que las regiones de las que quieren separarse? Estas últimas, además, no serían políticamente las más perjudicadas; la independencia de las primeras significaría el comienzo de su propio suicidio social. Las comunidades que más perderían serían las que se desmembrarían, porque

---

<sup>10</sup> *Id.*, 164.

quedarían tristemente amputadas, inválidas, aisladas; empobrecidas tanto en el orden cultural como político y económico; desorientadas porque esa desmembración significaría un salto hacia atrás, hacia el vacío, una regresión sin ninguna base ni justificación histórica.

Cada una de las regiones es miembro necesario del conjunto político de su nación, a la que puede aplicarse el símil corporal que utiliza San Pablo: «el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo» (1Cor 12,12); «el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos» (14); como mutuamente nos necesitamos, esperamos que «no haya división en el cuerpo, sino que más bien todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (25-26). «Pues, así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros cumplen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada cual existe en relación con los otros miembros» (Rm 12,45).

Esa metáfora del cuerpo la tenía presente Nebrija en el año 1492, cuando en su *Gramática* escribe sobre la «paz de que gozamos» porque unos «miembros y pedazos» sociales, «que estaban por muchas partes derramados», se «ayuntaron en un cuerpo».<sup>11</sup> Sería gravemente inmoral provocar la desmembración de ese

---

<sup>11</sup> Antonio de Nebrija, *Gramática de la lengua castellana*, Prólogo. Edic. de Antonio Quilis. Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid, 1989, p. 112.

ayuntamiento: su ruptura supondría pérdida de paz y de progreso, con el inevitable engendro de discordia, de ruina, acaso incluso de guerra.

La anhelada independencia es vista por los nacionalistas como paraíso terrenal en que todos los males desaparecerán. Frente a quienes consideran que ese comportamiento no puede ser juzgado éticamente, acaso se trata de la mayor inmoralidad de nuestro tiempo: aparte de lo que tiene de profundo desprecio hacia las otras regiones, no sería buena ni justa la separación de un miembro respecto de los demás; significaría una amputación de graves consecuencias para los hombres ayuntados en la sociedad política de ese miembro y de los otros.

El propio San Pablo, como le preocupa tanto la división del cuerpo social de los cristianos, ruega «que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos» (1Cor 1, 10). La pretensión nacionalista busca segregarse del bimilenario proyecto cristiano que, como ya veremos, nos constituye.

En la liturgia de Pentecostés se pide a Dios que «los pueblos divididos por el odio y el pecado se congreguen por medio de tu Espíritu y, reunidos, confiesen tu nombre en la diversidad de sus lenguas».<sup>12</sup>

Ha llegado, por fin, la hora de enseñar que el nacionalismo es diabólico. Busca separar a los hombres, enemistarlos, sembrar cizaña entre ellos, enfrentar mintiendo, que es precisamente el objetivo del diablo. El Dios hecho hombre para hacernos a todos amigos e hijos de Dios dirige estas palabras a los separadores: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis

---

<sup>12</sup> *Oración colecta de la vigilia de Pentecostés.*

cumplir los deseos de vuestro padre. Él era homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad porque no hay verdad en él. Cuando dice la mentira, habla de lo suyo porque es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44).

En realidad, los cristianos han de conseguir, no solo como deber moral, sino ante todo religioso, el Renacimiento político del mundo entero. En el siglo XVI Mercurino Gattinara y muchos flamencos estaban movidos por la avarienta idea de adquirir más territorios, por la ambición de conquistar otras tierras para que fueran explotadas. Frente a ellos, el Emperador Carlos V —sugerido, sobre todo, por el obispo Mota— quiso otra idea que resulta capital en todo Renacimiento: la *Universitas Christiana*, basada no en la ambición por conquistar, sino en la armonía entre los Príncipes cristianos. Es el cumplimiento de un alto deber moral. El fin de tal *Universitas* no es someter despóticamente a los demás Reyes y tratar de eliminarlos, sino coordinar los diversos Reinos y sus Monarcas, potenciando las particularidades respectivas de tal modo que ninguno atente contra el otro, y todos se respeten mutuamente. Es el Renacimiento de la *Pax Christiana* entre las diversas Monarquías, el deseo por conseguir la unidad en un momento en que Europa se fragmentaba y disgregaba debido a la maquiavélica *razón de Estado* de cada una de las nacionalidades frente a toda norma ética.<sup>13</sup>

Los filósofos griegos no acertaban a comprender al hombre en estado de aislamiento, sino como ser social

---

<sup>13</sup> Puede verse el libro de Ramón Menéndez Pidal, *Idea Imperial de Carlos V*, Espasa-Calpe, Madrid, 1971.

que vive en comunidades políticas, fuera de las cuales —pensaban ellos— la persona no podía conseguir su propio bien. En este sentido las instituciones políticas de la nación y de sus regiones están subordinadas a las personas o ciudadanos a cuyo servicio se encuentran: son relativas al hombre, el único absolutizable en este mundo. A diferencia del nacionalismo, que absolutiza la nación, el Humanismo considera que la vida de un solo hombre vale más que todas las naciones de la Tierra.

Como «difieren mucho las vidas de los hombres» (según escribe Aristóteles en su *Ética a Eudemo*), la gran tentación es que cada uno viva separada e independientemente de los demás, pero esto —además de ser insolidario y egoísta— significaría el *bellum omnium contra omnes*, la guerra de todos contra todos. Por ello es necesaria la nación, «proyecto sugestivo de vida en común» en palabras de Ortega. Aquellos griegos consideraban que fuera de la comunidad política el hombre no puede vivir, y menos aún ser feliz.<sup>14</sup>

Deberían ser más conocidas estas frases de la Constitución *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II: «Cultiven los ciudadanos con magnanimidad y lealtad el amor a la patria, pero sin estrechez de espíritu, de suerte que miren siempre al mismo tiempo por el bien de toda la familia humana, unida por toda clase de vínculos entre las razas, pueblos y naciones».

---

<sup>14</sup> Para mayores detalles puede verse el capítulo titulado “La Política como Arte” de mi libro *El Renacimiento del Humanismo. Filosofía frente a barbarie*, BAC, Madrid, 2003, pp. 49-62.

Frente a todo nacionalismo resuenan aquellas palabras de Cicerón: «*Mi patria está doquiera se está bien*. Cuando a Sócrates se le preguntó que dijera de dónde era ciudadano, respondió: “Del mundo”. Él pensaba en realidad que era habitante y ciudadano de todo el mundo». <sup>15</sup> Algo que un nacionalista, aferrado a su terruño, es incapaz de asumir. No solo porque considera, de manera exclusivista, que su región es el ombligo del mundo y, por tanto, el único sitio de la tierra donde puede estarse bien. También porque, enfermo de un victimismo insaciable, hace creer que él no vive bien por culpa de “los otros”, de quienes busca separarse (mediante la manipulación y la mentira) para conseguir con avaricia todo el poder, principalmente económico, de esa región que es el ridículo centro de su inmoral provincianismo.

Además, todo nacionalista es el mayor obstáculo para conseguir el bien común: quiere solamente su bien particular, el del lugar donde ha nacido, único sitio donde admite vivir, y como —siempre descontento— nunca lo alcanzará porque resulta imposible llegar al bien sin el de los otros, sin unirse a ellos, está mal y procura que los demás no estén bien. Para él es esencial —absoluto y excluyente— el lugar donde ha nacido, y por ello es *nacionalista*. Sin embargo, el cristiano considera accidental —relativo e incluyente— el sitio de su nacimiento: al haberse renovado, todo verdadero cristiano, como es *renacentista*, busca el mejoramiento del lugar donde ha nacido mediante la unión de su

---

<sup>15</sup> Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, Lib. V. Edic. de Alberto Medina González, Gredos, Madrid, 2005, p. 451.

sociedad con las de los demás hombres de la Tierra, incorporándose a ellos para conseguir el bien común de todos.

El año 1931, en una obra publicada con el título *The Prospects of Humanism*, el escritor inglés Lawrence Hyde escribía: «Los mejores valores de la civilización están siendo lenta pero implacablemente destruidos. Una ola de chabacanería azota al mundo».<sup>16</sup> Esas frases parecen escritas hoy; tienen permanente actualidad porque describen el resultado de la empresa nacionalista en nuestros días. Abuchear a un Rey y a su Himno es en cualquier país —propio o ajeno— la peor manifestación de chabacanería, de mala educación, de barbarie.

---

<sup>16</sup> «The finer values of civilization are slowly but surely being destroyed. A great wave of vulgarization is sweeping over the world», en Lawrence Hyde, *The Prospects of Humanism*, Charles Scribner's Sons, New York, 1931, p. 10.